

La hora de la cena

Escuché una conversación a lo lejos y acto seguido el sonido de la puerta principal abriéndose. Debía de ser martes, deduje al ver entrar en la cocina las zapatillas de baloncesto de Ana. Mi vida desde allí abajo era de todo menos interesante, la de veces que habré envidiado a la lámpara de araña, vigilando con tanta elegancia desde las alturas.

La niña se quitó bruscamente las zapatillas haciéndolas volar y chocando contra mí con fuerza. El golpe me desplazó medio metro y entonces deseé con fuerza que no volvieran a recolocarme. Desde allí, mi visión llegaba a alcanzar la mitad de la pantalla del televisor, mis noches así serían mucho más interesantes. Sin embargo, mi ilusión desapareció al instante cuando la madre de Ana volvió a desplazarme a mi fría esquina, llena de polvo y migas de pan secas. Tuve que conformarme con contemplar el hipnótico giro de la lavadora que Luis, el hermano de Ana, acababa de poner con la ropa sucia de los últimos tres días.

Era la hora de la cena, y todos se sentaron a la mesa. Sabía lo que pasaría a continuación, ella todavía no había aparecido, pero como cada noche, lo haría, para mi desgracia, por supuesto que lo haría. Y efectivamente, pasados unos minutos, escuché cómo se abría la puerta corredera de la cocina. Ahí venía, la “reina”... Siempre he pensado que es una malcriada y una engreída. Se acercó lentamente hacia mí y deseé con todas mis fuerzas que pasara de largo, pero como la mayoría de las veces, se giró y se plantó delante de mí, observándome fijamente en silencio.

Ana se dio cuenta de lo que ocurría, se levantó de la mesa y se dirigió a la despensa a coger la bolsa, aquella odiosa bolsa. De repente cayó sobre mí una cascada de bolas de pienso y los gigantes ojos color calabaza de aquella enorme gata se acercaron directos hacia mí. Durante cuatro largos minutos como cada mañana, día y noche, sufrí la tortura producida por esos largos bigotes y lengua áspera. Pero entonces volví a sentirme ligero. Y, aunque no me guste admitirlo, me sentía conforme al ver a aquella gata con la tripa llena. Y yo, otro día más, cumplí con mi deber satisfactoriamente y eso me consolaba y me hacía sentir útil.

Aunque pensándolo bien... la lámpara de araña también cumple con su importante deber y estoy seguro que no tiene que pasar ni por la mitad de cosas por las que paso yo. Supongo que a veces esta vida no es justa.

Irene Salinas Liberal

1 ESO A